

Jesús fue también Hijo de la obediencia, porque la obediencia lo trajo del seno del Padre, al que obedeció hasta la muerte. En ella debemos imitarlo para ser obediente no sólo a los Mandamientos de Dios y de nuestros superiores —si los tenemos—, sino también a todas las manifestaciones de su voluntad, como las inspiraciones que Dios nos comunica. En todo debemos obedecerle sin demora.

No sólo en lo que hemos dicho, sino también en las otras virtudes debemos imitar al Señor Jesús: en la paz, en las palabras, en las actividades y en toda nuestra conducta. Siempre permanezcamos serenos; pero no en los defectos ni en las cosas que son contrarias a nuestra alma. ¡Todo lo contrario! Para rechazarlos debemos luchar como leones. Y también debemos imitar al Señor en su benignidad y en su mansedumbre, no sólo hacia los nuestros, sino hacia todos, como mejor les convenga.

Con los perversos no debemos tener demasiada familiaridad, sino en vista de su recuperación: en este caso debemos también ponernos a su servicio. Tengamos también benevolencia y mansedumbre para no contestarles de mal modo o para pagarles mal por mal. Seamos tolerantes y pacientes. Ofrezcamos también algunas atenciones a los que nos han injuriado de hecho o de palabra. Hagámoslo con serenidad de espíritu y no con malhumor, para que pase desapercibida la injuria. Debemos brindar nuestras atenciones a los que nos ofenden, con rostro apacible y ánimo sosegado, como personas que gustosamente besarían los pies de los ofensores.

Para alcanzar estas virtudes miremos cómo Cristo soportó todo con ánimo benigno. Si miramos este ejemplo, tendremos la fortaleza para dominar la indignación.

En una última cosa debemos imitarlo: debemos ser rectos en las palabras y en las obras, sin recurrir a dobleces o a simulaciones.

Fragments

Nos dijo una vez:

Dios tiene un amor entrañable por las almas, y por eso les concede mimos: dulzuras, tiernos sentimientos y atractivos semejantes; pero el alma no debería ansiarlos. Sin embargo, no hay que despreciarlos, porque hacen correr al alma y forman su alimento. A través de ellos el alma se eleva hasta amar a Dios y se esfuerza por transformarse en el Amado.

Otra vez se le preguntó por qué es necesario aceptar la pobreza, el dolor y el desprecio. Ella respondió así:

Es necesario que el hombre conozca a Dios y se conozca a si mismo. El conocimiento de Dios presupone el conocimiento de sí: el hombre debe considerar y ver quién ha sido el ofendido y quién ha sido el ofensor. De esta segunda consideración y de este segundo modo de ver derivan gracia sobre gracia, visión sobre visión, luz sobre luz. De ahí se encamina al conocimiento de Dios; y cuanto más lo conoce, tanto más lo ama; y cuanto más lo ama, tanto más lo desea; y cuanto más lo desea, tanto más obra audazmente. El obrar del alma es señal y medida de su amor.

En esto se conoce si el amor es puro, auténtico y recto: si uno ama y hace lo que ha amado y hecho Aquél a quien ama. Y Cristo, a quien ama, poseyó, amó y practicó estas tres cosas mientras vivió. Pues bien, el que lo ama, debe siempre poseerlas, amarlas y practicarlas.

Otra vez nos dijo:

Si uno solo practicara todas las mortificaciones que hacen todos los hombres de la tierra, eso no bastaría para merecerle los bienes prometidos y esperados. Por eso todo cristiano debe esforzarse por hacer ocultamente cuantas más mortificaciones puede, y desear las que no puede hacer; y hacerlas también en público, con tal que en su intención no busque la ostentación. No practicar el bien para no ser visto es señal de tibieza, y por ninguna razón hay que descuidarlo. Para ello, tenemos el ejemplo del Maestro que obró muchas cosas que jamás fueron conocidas; y con todo fue tan grande su amor que obró muchas cosas también en público.

Un día dos frailes menores, digamos de fe, la interrogaron sobre una frase de San Agustín: "Recibir diariamente la Eucaristía...²³". Respondió así:

El bienaventurado Agustín era un hombre santo y sabio. Al constatar que los buenos están mezclados con los malos, no quiso hacer el elogio de esta práctica para no provocar la osadía de los malvados, y no la prohibió para no desalentar a los buenos. Los malos sacan su osadía de las alabanzas ajenas, mientras los buenos tienen la seguridad de su buena conciencia, con tal que no merezcan el reproche de un santo.

Mientras Fray Arnaldo celebraba la Misa en la iglesia de San Francisco de Asís, le fue dicho a la sierva de Cristo:

"La bendición del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo descienda sobre este hijo tuyo y mío, del que te vas a alegrar mucho". Y añadió: "Tu tendrás otros hijos tuyos, y todos recibirán esta bendición, porque todos tus hijos son mis hijos, y todos los míos, tuyos".

Después de mi retorno a Foligno, mientras comulgaba en la última Misa celebrada por el mismo fraile, me fue dicho de él: "De este hijo te vas a alegrar mucho. Confirmo la eterna bendición que ya le di. Yo soy el que quita los pecados, y fuera de mí nadie más puede quitar los pecados. Y yo he quitado de él la culpa y la pena". Como de ningún modo era capaz de comprender estas frases, las repetí al mismo fraile después de la Misa. Y él, después de haber oído la frase: "Yo he quitado de él la culpa y la pena", se sacó la capucha, bajó la cabeza y lloró.

También San Francisco me dijo del mismo fraile: "Dale cariños a Fray Arnaldo, mi hermano".

Las señales con las que Dios Padre manifiesta su amor al alma a la que ama, son seis: la primera es la bendición. Ante todo, Dios Padre bendice al alma a la que ama. Luego le comunica sus bienes. Luego la amonesta. Luego la corrige. Luego la guarda y la defiende. En fin, la confirma.

²³ Esta expresión no es de san Agustín, sino de Genadio de Marsella, del siglo V (Ver *De ecclesiasticis dogmatibus*, c. 53; P.L. XLII, p. 1213).

Carta de Navidad

Oh queridísimo y confidente de mi alma, deseo con todo mi ser que en mis oídos resuene el eco de ti; y que en tu alma florezca ese deseo, que tenían y tienen los santos, de este Niño, que ahora está por venir y nacer; y que El nazca dentro de tu alma, como yo deseo.

Oh querido de mi alma, esfuérzate por tener el conocimiento de tí mismo, porque de veras no creo exista en la tierra virtud mayor que ésta. Procura alejar de ti cualquier otro pensamiento o imaginación que puedan dañar tu alma; y prepárate según mi deseo a recibir al Hijo de Dios que está por nacer, porque será El quien dará a tu alma el conocimiento de sí misma. Y será sólo El, quien colmará tu alma, como lo deseo desde lo más profundo de mis entrañas. Y ¡que el Consolador te consuele, oh alma mía!

Muy mucho me asombré por las palabras que me escribiste acerca de las tribulaciones que padeciste estando en Spello.

Yo no me quedé desedificada, sino más bien edificada porque lo que tú consideras odio, yo lo tengo por amor. Después reflexioné que éste es un sentimiento de santa envidia que de vez en cuando experimento, cuando juzgo que un alma está más unida a Dios que la mía. Has de saber, alma mía, que en mí no surgió ninguna indignación, sino por compasión hacia ti. Por eso, tu tribulación ha sido más mía que si yo la hubiera sufrido.

Te ruego, en cuanto puedo, no te preocupes más por esta tribulación, sino que la desalojes definitivamente de ti. Cuando te sea quitada, me será quitada también a mí.

Experimenté una gran pena al leer la carta que me escribiste. Acuérdate, hijo querido, que jamás ninguna criatura me conquistó ni por odio ni por amor, y jamás sucederá. Por esto no te detengas ante las manifestaciones exteriores que a veces no son verdaderas. Hay un amor que puede manifestarse con signos, y hay también un amor que no se manifiesta con signos. Te suplico, hijo queridísimo, sumérgete en ese amor, que es inefable y no necesita de signos exteriores.

Deseo con todo mi ser que te hagas nuevo en el amor y en el dolor del Dios-Hombre crucificado. También deseo con todo mi ser que tú experimentes este amor sin necesidad de que yo te lo exprese. Lo que es nuevo para ti, es nuevo también para mí.

El amor de Dios, la paz de Dios y su eterna bendición estén contigo. ¡Amén!

Los siete dones de Dios

El que puede merecer estos dulcísimos dones de Dios, sepa que ya está consumado y perfecto en el dulcísimo Señor Jesús, y que se ha hecho otro dulce Jesús por la gracia de la transformación. Y cuanto más avance por este camino, tanto más en él crecerá el ser del dulce Jesús.

El primer don es el amor de la pobreza. Por él el alma se despoja del amor de toda criatura y no quiere poseer ninguna otra cosa más que al Señor Jesús, ni confía en la ayuda de nadie en esta vida. Y todo esto lo muestra con las obras.

El segundo don es el deseo de ser despreciada, vilipendiada y ultrajada por toda criatura; y que todos la crean digna de los insultos, de tal manera que nadie se compadezca de ella; y que no quiera vivir en el corazón de ninguna criatura, sino sólo en el de Dios; y que por ninguna razón ambicione algún aprecio de nadie.

El tercer don es el deseo de ser afligida y castigada y llenada y colmada con todos los dolores del cuerpo y del corazón experimentados por el dulce Jesús y su dulcísima Madre. Y desea que toda criatura le procure estos dolores sin pausa.

El que no es capaz de desear estos tres primeros dones, sepa que está muy lejos de la dulce semejanza con Cristo bendito, porque pobreza, dolor y desprecio lo acompañaron en todo lugar y en todo instante y en todos sus actos. La misma compañía de pobreza, dolor y desprecio tuvo su Madre, ¡y en grado sumo!

El cuarto don consiste en que el alma sabe que es indigna de tan grandes bienes, y que jamás podría alcanzarlos por su

propio medio. Y cuanto más posea estos bienes, tanto más le parece tener poco, porque el que demasiado presume de tener lo que ama, al fin pierde el amor. Por eso jamás piense haber alcanzado la meta, sino que más bien sienta que debe comenzar de nuevo, ya que hasta ahora no hizo nada y que nada posee de estos bienes.

El quinto don consiste en el continuo esfuerzo de pensar que estos bienes pertenecieron al Señor Jesús, y en la incesante y continua oración con la que pide al Señor que comunique e infunda en su corazón esos mismos bienes, que fueron su vestidura y su compañía. Para sí no pide nada más que esto: que su vida y su gozo sean una perfecta transformación en estas virtudes. Y se esfuerce por elevarse a pensar en qué modo el corazón del dulcísimo Jesús fue supercolmado de estos bienes, hasta lo infinito, mucho más de lo que haya demostrado en su vida exterior.

El sexto don es el de rehuir, como la más temible pestilencia, todo lo que pueda alejar al alma de estos bienes, ya se trate de persona espiritual, ya carnal; y de evitar, tener en horror y despreciar, como si fuera una serpiente, todo lo que en la vida espiritual le aparezca contrario y en oposición a estos bienes.

El séptimo don consiste en abstenerse de criticar a otros, y en no entrometerse en juicios sobre los demás, como nos lo aconseja el Evangelio, sino en juzgarse más vil que todos los demás, aunque fueren hombres perversos e indignos de la gracia de Dios.

Pero ya que el alma es todavía muy débil y no es capaz de servir a Dios sin la esperanza de un premio, sepa que tales dones le merecen poseer a Dios plenamente en la patria celestial; más aún, sepa que por ellos el alma se transforma totalmente en Dios. Y esto es tan cierto que desde esta vida Dios opera gran parte de esta transformación en el alma que ya se ha transformado en sus desprecios, miserias y dolores.

Sin embargo, no debe el alma desear en esta vida semejantes consuelos divinos, sino para animar su debilidad. Para sí debe sólo anhelar la perfecta crucifixión con Cristo, con sus dolores, su pobreza y su desprecio.

El amor y sus peligros

Invitada a menudo a hablar de Dios, la sierva de Cristo comenzó a señalar las falsoedades, los peligros y los engaños que pueden existir en el amor espiritual, aunque bueno.

No existe nada en el mundo, ni hombre, ni diablo, ni cosa alguna, que yo considere tan sospechoso como el amor, porque el amor penetra dentro del alma más que cualquier otra cosa. Tampoco hay nada que tanto ocupe y ate nuestro corazón como el amor. Por eso, si no se dispone de armas para regularlo, el alma fácilmente se precipita y cae en un gran desastre.

Desde luego, no me refiero al amor malo, porque el amor malo debe ser absolutamente evitado por todos como cosa diabólica y peligrosa. Me refiero al amor bueno y espiritual, que fluye entre Dios y el alma, y entre prójimo y prójimo.

Sucede a menudo que dos o tres varones o mujeres, o varones y mujeres, se amen muy entrañablemente y nutran mutuamente grandes y singulares afectos. Se brindan recíprocamente muchas y muy cordiales atenciones, desean estar casi siempre juntos, y lo que quieren los unos lo quieren los otros.

Esto es muy digno de reprensión y muy peligroso, aunque se haga espiritualmente y por Dios, si no se poseen las armas indicadas. El amor que el alma tiene por Dios si no está armado, sino que sólo se sostiene con el sentimiento, o llega pronto a faltar, u obra en modo tan desordenado que a la larga no puede durar.

El amor por el prójimo o sea el que surge entre devotos y devotas, si no es regulado por esas armas, o se hace amor carnal, o por el mucho conversar se vuelve una gran pérdida de tiempo, porque sus corazones están vinculados recíprocamente de manera demasiado indiscreta. Por eso, por miedo al amor malo, considero sospechoso el amor bueno.

Las armas que deben regular el amor bueno son ofrecidas por la transformación del alma. Y tal transformación se realiza de tres maneras: a veces el alma se transforma en la voluntad de Dios; otras veces con Dios; y otras en Dios y Dios en el alma.

La primera transformación se realiza cuando el alma se esfuerza por imitar las obras del Dios-Hombre crucificado, porque en ellas se manifiesta la voluntad de Dios.

La segunda transformación se realiza cuando el alma se une a Dios, y experimenta elevados sentimientos y grandes dulzuras, que vienen de Dios y pueden ser pensados y expresados con palabras.

La tercera transformación se realiza cuando el alma con unión perfectísima se transforma en Dios y Dios en ella. Entonces el alma experimenta y saborea cosas altísimas de Dios, tales que de ningún modo pueden ser pensadas o expresadas con palabras.

La primera transformación no está relacionada con el presente tema del amor. La segunda basta para regular el amor si está bien viva. Pero la tercera es la más alta. En la tercera, y también en la segunda si bien imperfectamente, se infunde en el alma por gracia una particular sabiduría con la cual el alma sabe gobernar el amor de Dios y del prójimo. El alma entonces sabe equilibrar tan sabiamente los sentimientos, las dulzuras y los favores de Dios, que el amor perdura y pueda perseverar en sus empresas y no ostenta sus gozos con risas, saltos y gestos del cuerpo.

De modo análogo, en el amor del prójimo o de amigos devotos, sabe portarse de manera tan sabia y madura que cuando haya que condescender, consiente; y cuando no, no consiente.

La razón de todo es que Dios es inmutable, mientras el alma puede cambiar. Cuanto más unida a Dios está el alma, tanto menos está sujeta a cambios.

En esa unión con Dios el alma alcanza la sabiduría, más aún, una cierta madurez de sabiduría, un agradable discernimiento y una luz interior. Con esas armas sabe gobernar el amor de Dios y del prójimo, tanto que no puede ser engañada ni caer.

El que no posee esa sabiduría, jamás debería meterse con algún varón o alguna mujer en tal amor particular y profundo, aunque lo haga por Dios y con buenas intenciones, por los peligros que pueden derivar de semejante amor. Y na-

die debería vincularse con los demás, si antes no aprendió a desprenderse de los demás.

El amor tiene varias propiedades. A causa del amor, el alma se ablanda, luego se debilita, pero al fin se fortalece. Cuando experimenta el fuego del amor divino, grita y se queja, como hace la piedra que, colocada en el horno para que se transforme en cal, cuando es rozada por el fuego, crepita; pero cuando está bien cocida, no hace más ruido. Así le pasa al alma: al comienzo va en busca de consuelos; pero si le son quitados, languidece y grita contra el mismo Dios y le lanza su queja diciendo: "Tú eres la causa de mi sufrimiento. ¿Por qué obras así?". O algo semejante. Este languidecer nace de una cierta seguridad que el alma toma con Dios. Y en este estado está contenta con los consuelos y con otros dones semejantes. Pero cuando se la priva de ellos, entonces crece el amor, y el alma comienza a buscar al Amado. Si no lo halla, cae enferma, y no se contenta más con esos consuelos, porque busca sólo a su Amado. Y cuanto más recibe de Dios sentimientos y consuelos, tanto más crece el amor y tanto más se siente enferma si no goza de la presencia del Amado.

Cuando el alma está perfectamente unida a Dios y establecida en la sede de la verdad, porque la verdad es la sede del alma, no grita ni se queja ya con Dios, ni se enteñe ni se enferma. Más bien, llega a reconocerse indigna de todo bien, de todo don de Dios, y merecedora de un infierno más profundo que el que está creado. Logra una especial sabiduría y madurez, y se vuelve tesonera, ordenada y fortalecida por Dios, capaz de enfrentar la muerte.

Y posee a Dios en plenitud, según su propia capacidad, y Dios la dilata para que se haga capaz de los dones que El quiere darle. Entonces contempla a Aquél que es. Y ve que todas las cosas son una nada, y que todo lo que son, lo reciben de Aquél que es. Considera todo lo que ha poseído hasta ahora como una nada, en comparación, y una nada todas las cosas creadas; ni se preocupa más de la muerte ni de las enfermedades, ni de los honores ni de los desprecios.

Así alcanza la paz y la quietud: no desea más nada, y pierde todo deseo, y no puede obrar más porque está vencida. En

la luz que posee, ve cómo hace Dios todas las cosas con orden y equidad, tanto que aun en su ausencia no se debilita más. Se vuelve tan conforme a la voluntad de Dios que, aun cuando Dios se sustraer, ella no lo busca más, y está contenta por todo lo que él haga, y le confía todas sus cosas.

Entonces se puede realizar la verificación: cuando posee con tal plenitud la visión de Dios, el alma se siente fuerte y serena, y en ese amor pierde todos sus deseos, ni es capaz ya de obrar. Pero cuando esa visión de Dios le es quitada —porque a ningún alma se le concede perseverar para siempre en ese estado— se le da un nuevo deseo que le permite ejecutar sin fatiga y hasta con mayor vigor las mismas acciones de antes. La razón consiste en que este estado es más perfecto que los otros. La perfección tiene la virtud de obrar de este modo: cuanto más crece el alma, tanto más se esfuerza por imitar al Maestro de toda perfección, que es el Dios-Hombre y este Dios-Hombre no tuvo en toda su vida más que un solo estado, el de la cruz.

En la cruz comenzó, en la cruz perseveró y en la cruz acabó. Vivió siempre en la cruz de la pobreza, del dolor constante, del desprecio y de la obediencia total, y de todas las otras arduas pruebas de mortificación. Y porque la herencia del padre debe pasar a los hijos —y Dios Padre ha dado a su Hijo Unigénito esta herencia de la cruz y de la mortificación—, todos los hijos de Dios, cuanto más son perfectos, tanto más deben recibir esta herencia y perseverar en ella durante toda su vida, porque el Dios-Hombre crucificado, mientras vivió en la tierra, vivió en compañía de la mortificación y de la amarguísima cruz. La duración y el término de la mortificación son éstos: mientras uno vive. La grandeza de todo hombre está en la medida en que sabe sostenerla.

En esto consiste la transformación del alma en la voluntad de Dios.

Cuando el alma se transforma en Dios y habita en El y ha llegado a la perfecta unión y a la plenitud de la visión de Dios, no busca nada más. Cuando desciende de ese estado, se esfuerza por transformarse en la voluntad del Amado hasta que vuelva nuevamente a esa contemplación. Pero el Amado mani-

fiesta su voluntad en las pruebas de la mortificación y de la cruz, que siempre El tuvo en sí mismo.

Por eso, cuanto más es uno perfecto, y más ama a Dios, tanto más se esfuerza por hacer lo que El hizo y evitar todo lo que de algún modo puede ser lo contrario. Podemos constatar que cuando uno ama perfectamente a otro, se esfuerza por asemejársele en todo y por obrar como mejor agrade a aquél al que ama.

Y si algunos, como los que se definen seguidores del “espíritu de libertad”, llegan a afirmar que saben vivir en el desapego de todo deseo y que ya no tienen apetencias y que de ninguna manera y en ningún momento son capaces de obrar, no hay que darles crédito porque mienten²⁴. Más bien, reflexionen, si no están cometiendo cosas ilícitas, como bailar, jugar, comer y beber de manera refinada y desordenada, y realizar actos deshonestos e ilícitos. Si pueden realizar éas y otras malas acciones y si las pueden desear, con mayor razón podrían y deberían, si amaran a Dios, desear y hacer lo que es bueno y que agrada a Dios.

Miren al bienaventurado padre Francisco el que aun siendo espejo de toda santidad y perfección y modelo de cuantos quieren vivir según el espíritu, hallándose hacia el fin de su vida en la cumbre de tal estado y en la unión más íntima con Dios, iba repitiendo: “Hermanos, comencemos a servir a Cristo, porque hasta ahora hemos hecho pocos progresos”²⁵.

Lamentablemente muchos creen estar en el amor y están en el odio de Dios; y muchos creen poseer el amor de Dios, y sólo tienen el amor de la carne, del mundo y del demonio. Así, uno ama a Dios para que lo preserve de las enfermedades y de

²⁴ Además de las extravagancias ya señaladas, los “hermanos del espíritu de libertad” profesaban cierto *quietismo* espiritual. Angela rechaza sus doctrinas engañosas con afiladas palabras, no exentas de acento burlón. Los santos tenían por lema: “Reza como si todo dependiera de Dios, y obra como si todo dependiera de ti”, que el refrán popular ha vertido así: “¡A Dios rogando y con el mazo dando!”.

²⁵ Es una inexactitud. San Francisco pronunció estas palabras no en fin de vida, sino durante una enfermedad (Celano, *Vita Prima*, II, c. 6).

las tribulaciones físicas y de los peligros temporales. Este se ama a sí mismo de manera desordenada porque hace del cuerpo su alma y su dios. Ama también las cosas temporales por la utilidad de su dios que es el cuerpo. Y ama a los amigos y parientes de modo desordenado, por su provecho y honor.

Ama sin duda también a los hombres espirituales, pero no porque de veras los ame por su bondad, sino para pavonearse de su santidad. Y ya que un tal amor no es puro, sus frutos son carnales con todos los vicios sensuales y espirituales. Gusta también tener habilidades culturales, como saber leer y cantar bien y otras cosas semejantes, para agradar a los demás. Y ama poseer una gran ciencia para vencer a los demás con la fuerza de la razón y no con la caridad, corregirlos con altivez y ser estimado importante.

Hay otros que creen amar a Dios y lo aman, pero con un amor mínimo e imperfecto. Lo aman para que les perdone los pecados, y los libre del infierno y les dé la gloria del paraíso. Lo aman para que los conserve buenos de modo que no lo ofendan más y no pierdan el paraíso. O lo aman para lograr dulzura y consuelo divino. En resumen, lo aman para ser amados por Dios.

Aman también de manera espiritual a amigos y parientes y desean que sean personas espirituales y buenas, pero lo hacen por sí mismos para sacar ventajas y honores. Los cultos aman a Dios para que les conceda el sentido, la ciencia y la inteligencia de las Escrituras; y los iletrados anhelan la habilidad de hablar provechosa y espiritualmente para el bien de los demás: unos y otros lo hacen para ser más amados y honrados. Y aman a las personas espirituales, para agregarse a su círculo y lograr su amistad, en vista de la propia ventaja espiritual y del propio honor. Y aman poseer la pobreza, la humildad y las demás virtudes para destacarse por ellas sobre los demás y distanciarlos en la perfección. Y como en el camino del espíritu no soportan iguales, pecan a semejanza de Luzbel que no quiso que ninguna criatura lo igualase.

No faltan algunos que para tener una gran fama de santidad y ser universalmente alabados, prodigan elogios a todos, sean o no espirituales.

No falta también alguno que ama a las personas devotas con un amor espiritual y perfecto: las ama totalmente en Dios como a sí mismo. Y este amor crece, y creciendo desea la presencia del amado: si no la alcanza languidece; y si la alcanza el amor crece. Y creciendo predispone al alma para una mayor languidez cuando el amado está ausente. Y creciendo en este amor, el alma se transforma totalmente en el amado, tanto que lo que agrada a uno agrada al otro, y lo que desagrada a uno desagrada al otro.

Pero el alma no tiene armas suficientes para gobernar el ardor del amor que crece cada vez más y no está perfectamente ordenado y por eso necesariamente el amor se convertirá en desorden. Y si el amado sufre el mismo desorden y carece de las armas necesarias y está herido también él con la espada del amor, entonces puede temerse lo peor. Comienzan a comunicarse sus secretos, y manifiestan su amor recíproco y llegan necesariamente a un mutuo intercambio de sus sentimientos. Confiesa uno a otro: "No hay persona en el mundo que yo ame tanto y lleve tanto en mi corazón como tú".

Y anhelan por devoción y por provecho espiritual acariciarse recíprocamente, y piensan que no les sea de daño. Pese a todo, la conciencia, no estando del todo ahogada, se opone a esos gestos. Más adelante, la conciencia y el espíritu, convencidos de que esos contactos no dañan, llegan a permitirlos. Desde ese momento los dos comienzan a bajar, a hundirse, a desfallecer poco a poco y a precipitarse de su estado de perfección.

Después de haber ahogado la conciencia, comienza a razonar y a decir: "Esto puede hacerse porque no es gran pecado". Y también otras culpas juzga lícitas repitiendo: "Esto puede hacerse porque no es gran pecado". Por el ardor del amor, que se transforma en la persona amada, la lengua y las demás potencias se vuelven impotentes, tanto que no saben negarse a los deseos del amado. Y porque por el desorden de que se habló, éste podría desear el mal, el alma no sabe oponerse al mal si está invitada, y si no lo es, ella misma se ofrece.

En estas condiciones se aleja de la oración, de la abstinencia, de la soledad y de todas las demás virtudes en las que solía ejercitarse, y trueca el amor divino por este amor terrenal.

Mientras tanto, la pasión llega al hervor y crece, porque la presencia y las palabras del amado, que antes bastaban, ahora no la satisfacen más. El amante desea saber si el amado también está herido por la saeta del amor como él; y si llega a saberlo, entonces el peligro amenaza a los dos. Luego, dado que la presencia y las palabras no bastan más, ambos, el amante y el amado, se entrega a toda obra viciosa.

Por eso repito que el amor ha de considerarse extremadamente sospechoso, porque en el amor se contiene todo mal. Hasta que no se llega al amor perfecto, todo amor debe tenerse por sospechoso.

El amor perfecto

El amor perfecto y óptimo y sin defecto es aquel en el que el alma es guiada y conducida a la visión del ser de Dios. Entonces el alma, guiada y conducida a la visión del ser de Dios, contempla cómo toda criatura recibe el ser del que es el Ser sumo; y que también ella y todo lo que existe, recibe el ser de El; y que no hay otro ser; y que no hay cosa alguna que tenga el ser que no derive del Ser supremo.

El alma, guiada y conducida a tal visión, saca de ella una sabiduría inefable, ponderada, madura. En la visión del Ser supremo, el alma comprende que todo lo que deriva de El es óptimo y que nada es objetable, porque ve claramente que todo lo que deriva de El es a todas luces perfecto, mientras el mal se realiza cuando nosotros queremos destruir las cosas que han sido creadas por El.

La visión del Ser supremo suscita en el alma un amor correspondiente y adecuado a El. Este Ser supremo nos enseña a amar a todo lo que tiene el ser, es decir, todas las criaturas racionales e irracionales, con el mismo amor que El tiene por ellas. Sobre todo, nos enseña a amar a las criaturas racionales, en particular a las que el alma ve que son amadas con amor de predilección por el Señor. Viendo que el Ser Supremo se inclina hacia esas criaturas con un acto de amor, de manera similar ella también se inclina hacia ellas. Esto me impulsa a amar a

estas almas enamoradas de Dios, que se pueden conocer por algunos signos.

Lo que distingue a los amigos de Dios y a los verdaderos seguidores del Hijo Unigénito es esto: ellos elevan siempre los ojos de su mente para amar, seguir, y transformarse todos y totalmente en la voluntad del Amado. Y porque su alma en la visión del Sumo Ser aprendió a amarlo, el amor es estimulado por esa visión. Y por conocer y amar a este Ser supremo, el alma conoce y sabe amar a las criaturas como conviene y según la mayor o menor inclinación de este Ser hacia ellas y en ninguna cosa puede violar el orden.

Por eso, todo lo que se relaciona con el amor ha de ser absolutamente considerado sospechoso hasta que el alma no reciba de Dios un tal amor. Después que el alma haya recibido la visión del Ser divino y del amor correspondiente y adecuado a este Ser, queda consolidada, tanto que aunque sobrevengan otras visiones y elevaciones, no cambiará más. Y no sólo los que han alcanzado esa inefable unión con Dios, sino también los que tienen un constante pensamiento del Ser supremo, tienen la suficiente aptitud para rechazar la malicia de cualquier otro amor y son capaces de resistir al cuchillo del amor.

Se le concede también al alma la visión del Increado. Esta visión deja en el alma un amor increado, en relación al cual el alma no sabe obrar más por sí misma y queda como impotente, porque es el amor mismo que obra en ella. Cuando el alma tiene la visión del Increado, no puede obrar más, porque queda totalmente absorta en esta visión; y así en el amor increado, el alma queda inactiva.

Hay que destacar que cuando tal visión fue dada al alma, ella obraba; y con todo su ser anhelaba hacerse una con el Ser increado, y buscaba con todas sus fuerzas de que manera pudiera unirse mejor a El. Entonces el mismo Increado obraba en el alma y le inspiraba a alejarse de toda cosa creada, para unirse mejor a El. Es pues el Amor el que obra y realiza él mismo todas las operaciones del amor.

La primera de estas operaciones es la de iluminar y también de dar un nuevo y ardiente deseo. Se trata de un amor nuevo y fuerte, en relación al cual el alma obra y no obra na-

da, porque es el mismo Amor increado que obra en ella ²⁶. El es el autor de todo bien que nosotros hacemos, mientras somos nosotros los autores del mal que obramos. Se trata de un auténtico anonadamiento: reconocer en la verdad que nosotros no somos obradores de ningún bien. Y los que ven esta verdad, tienen el espíritu de verdad.

El verdadero amor no admite risas en los labios, ni desórdenes en la comida y bebida, ni vanas alegrías. El amor verdadero, al obrar, no afirma: "No estoy sujeto a ninguna ley", sino que se somete cada vez más a la ley. Más aún, allí donde no hay ley, se impone una.

El amor de Dios nunca queda ocioso, aún siguiendo corporalmente el camino de la cruz. Este es el signo con que el verdadero amor obra: él confía la cruz al alma que quiere seguir a Dios, es decir, la mortificación larga hasta que viva y grande y severa según su capacidad.

Cuando el alma haya realizado las operaciones de la cruz y de la mortificación viva, larga y severa, entonces en verdad debo reconocerme como una sierva del todo inútil. Y si quiero pedir algo, lo pediré en nombre de la penitencia que El mismo practicó en mí y por mí. El espíritu de verdad tiene este signo: conocer de veras que Dios es todo amor y nosotros todo odio. Llegada a esta verdad, necesariamente el alma es impulsada a hacer penitencia corporal.

Cuando el alma hace alguna penitencia que le parece pesada, y a veces tan pesada que le parece insorportable, entonces tiene la impresión de que es ella la que obra; y en verdad no es

²⁶ Así como en la contemplación infusa el alma es *pasiva*, porque todo lo recibe como don gratuito de Dios, así en las demás actividades místicas, el alma bajo la acción de Dios es *pasiva*, ya que es movida por el Amor increado, como lo reconoce Angela con gozo y gratitud. Pero el alma no es inerte sino sumamente *activa*, porque coopera con su deseo y con su entrega al amor de Dios. Así se comprende la expresión de Angela: "El alma obra y no obra nada". La comparación clásica es muy ilustrativa: "El alma se deja tomar y mover por Dios, como el niño que se deja llevar en los brazos de su madre con libre y gozoso consentimiento" (Tanqueray, p. 890).

ella la que obra, sino el Increado, que obra en ella y por ella. Otras veces El hace que la penitencia sea ligera, y también esto lo permite para su bien.

No debemos extrañarnos si el que obra nos carga con la penitencia. El, que es verdadero Maestro, vino para hacer penitencia por nosotros, y durante todo el tiempo de su vida soportó por nosotros una constante y amarga cruz y mortificación.

Y los que se elevan a la visión del Increado y del Ser de Dios, si perseveran en la cruz y en el empeño por la virtud, doquiera estén, descansan, y con nuevo y más abrasado amor llegan a obrar más animosamente.

Los que no viven según este espíritu de verdad, con sus obras virtuosas se fabrican unos ídolos; y fabrican el primer ídolo con la luz divina que les es dada.

Las culpas y las penas

Yo soy una mujer ciega, envuelta en tinieblas y sin la verdad. Por eso, hijos míos, todas las palabras que escucháis de mí, consideradlas sospechosas, como de una persona mala. Examinadlas bien todas y no deis crédito a ninguna si no están conformes a las huellas que nos ha dejado Cristo Jesús.

En estas condiciones no me gusta escribir pero me siento obligada a responder a vuestras muchas cartas. Hoy quiero hablaros de una verdad que recientemente se grabó en mi alma: "Con el vicio con que el hombre ofende a Dios, con ese mismo será castigado" (Sab. 11, 17).

Ante todo os hablaré del vicio de la soberbia, que es la raíz de todo los males. Cuando el alma, por la gracia de Dios, es humillada, con todas sus fuerzas procura alejar de sí la soberbia. Y cuando renace en Dios, se vuelve humilde y desea con todo su corazón hallarse sin soberbia. Pese a todo, la soberbia brota en el alma sin su querer. El pecado se origina cuando junto al impulso de la soberbia se añade nuestra complacencia; pero cuando la soberbia surge sin nuestra complacencia, el alma entonces se amarga y se aflige.

Cuando no hay complacencia de parte nuestra, el alma entonces descansa en la sede de la verdad, en la cual es incapaz de soberbia. Pero la soberbia, aun sin el consentimiento del alma, brota para castigarla por los consentimientos del pasado. Por eso, hijos míos, consolaos y sed fuertes, porque Dios quiere castigar en vosotros todo defecto con el mismo defecto.

Lo mismo sucede con el vicio de la avaricia. El alma, al ver la abundancia divina, se hace generosa, pero es estimulada por el mismo vicio a castigar las culpas pasadas. Igualmente pasa con el vicio carnal. No sólo han de ser castigados los que cometieron pecados carnales, sino también los que por su negligencia asintieron a pensamientos impuros.

Pues bien, hijos queridos, no debemos extrañarnos si somos castigados por las tentaciones, porque necesariamente toda culpa debe tener su castigo. Y ¿no os dais cuenta de que no se puede del todo rechazar la vanagloria y la hipocresía? Esto sucede o por nuestras culpas pasadas o para acrecentar los méritos del alma. Pues bien, cualquier cosa que pase, estemos contentos si salimos victoriosos.

¿No habéis observado, hijos, cuando uno recita las Horas y no sabe recogerse en oración? Cuando uno ha de estar atento a lo que hace y se niega, ¿no merece ser castigado? Por eso, recitando sus Horas, se puede decir que reza y no reza, dado que no está completamente presente, y por eso se cansa y vuelve a comenzar. ¿Su conducta no merece ser castigada?

E insistiendo, quiere meditar lo que dice, pero en seguida se distrae y ya no se acuerda más. Esto sucede para castigo de nuestra malicia. Dios quiere que cuando oremos, oremos correctamente y no distraídamente. En la oración, debemos ofrecer a Dios un corazón entero y no dividido, porque, si nos aplicamos con un corazón dividido, perderemos el fruto de la verdadera oración.

En las demás acciones que realizamos, como comer, beber, pasear, y cumplir otros menesteres..., no necesitamos estar enteros. Mientras hacemos estas cosas exteriores y si queremos sentir el fruto de la verdadera oración, debemos mantener nuestro corazón unido a Dios. En cambio, en la oración sufri-

mos tentaciones, porque no tenemos nuestro corazón perfectamente unido a Dios.

En toda tentación debemos considerar dos cosas. Ante todo, la justicia de Dios que obra en nosotros su venganza. Al ver la justicia de Dios debemos alegrarnos mucho, porque todo lo que haga en nosotros, lo hace rectamente. En segundo lugar, consideraremos que somos tentados, justamente, porque somos tentados por nuestras culpas; y en esto deberíamos dolernos mucho por haber ofendido a Dios de manera tan infame.

Si queremos quedar libres de las tentaciones, debemos transformarnos completamente en Dios Amor y buscar su voluntad; y buscándola debemos unirnos a El; y uniéndonos debemos estudiar todas sus virtudes; y estudiándolas debemos ejercitarnos cumplidamente en ellas. Y cuando estemos virilmente ejercitados en ellas, ningún vicio podrá quedar en nosotros.

Las cualidades de los que aman

Tres son las cualidades que debe poseer el que ama.

La primera consiste en ser transformados en la voluntad del Amado. Está voluntad, a mi parecer, es el camino que el Amado nos muestra a través de sí mismo. Nos muestra la pobreza, el dolor, el desprecio y la auténtica obediencia. Cuando el alma se ejercite en estas virtudes, ningún vicio ni tentación podrán entrar en ella.

La segunda cualidad consiste en el anhelo ardiente del alma de transformarse en las propiedades del Amado. De esas propiedades quiero subrayar sólo tres, ya que vosotros las conocéis mejor que yo. La primera es el amor, es decir, amar a todas las criaturas como conviene. La segunda es ser verdaderamente humilde y benigno. La tercera propiedad que Dios concede a sus hijos legítimos, es la inmutabilidad. Cuanto más cerca de Dios está el alma, tanto menos sujeta está a las mutaciones. Por eso nos avergonzamos cuando nos dejamos mover por algo mezquino; y en esto hemos de reconocer nuestra miseria.

La tercera cualidad consiste en ser totalmente transformados en Dios. Entonces el alma está fuera de toda tentación, porque no vive en sí sino en Aquél que es. Pero cuando retornamos a nuestra miseria, desconfiemos de todas las criaturas y también de nosotros mismos. Yo os ruego que os pertenezcáis a vosotros mismos y que no os deis ni en todo ni en parte a ninguna criatura; más bien, entregaos a Aquél que es.

Cuando alguno de vosotros predica o confiesa o aconseja, su espíritu no esté con las criaturas, sino con el Creador. No hagamos como los necios, para los cuales donde está el ojo, ahí está su corazón. Y si se os acerca algún adulador, varón o mujer, que os dice: "Hermano mío, ¡por tus palabras me he convetido a pnitencia!", no os detengáis a mirar a esas criaturas, sino al Creador y dadle gracias por el bien obrado.

Numerosos son los predicadores de la falsedad que hablan por codicia de los honores o de la fama o del dinero. Hijitos míos queridos, yo anhelo con todo mi ser que vosotros seáis predicadores de la santa verdad y que vuestro libro sea el Dios-Hombre. Y no os digo esto para que arrinconéis vuestros libros, sino que tengáis una voluntad dispuesta tanto a guardarlos como a dejarlos. No quiero que seáis predicadores de palabras sólo empapadas de ciencia, recitando mecánicamente las historias de los santos, sino que quiero que pongáis el mismo divino sabor que tuvieron aquellos cuyas gestas relatáis. Los que se predicen a sí mismos con ese sabor, saben hablar bien también a los demás.

Hay otro remedio especialísimo contra todas las tentaciones: recordar amorosamente la virginidad y la pureza que brillan particularísimamente en la Virgen Madre de Dios y recordar cómo la Virgen las amó y las vivió; y cómo ella las ama perfectamente en todos los hijos de Dios. Debemos también considerar cómo estas virtudes fueron amadas por el Dios-Hombre.

Esta consideración produce dos frutos: aleja de nosotros toda tentación y nos enseña a circuncidarnos interior y exteriormente.

Hijos míos, que el recuerdo de estas virtudes de la Madre de Dios permanezca siempre en vuestra alma. ¡Amén!

El conocimiento de Dios y de nosotros mismos

No os extrañéis, hijos míos queridísimos, si no he contestado a las muchas cartas que me enviasteis, porque estoy tan atada que ni a vosotros ni a otros puedo remitir escritos, ni hablar de cosas espirituales, si no son las ordinarias vivencias.

En el mundo entero nada me agrada tanto como hablar de estas dos cosas: el conocimiento de Dios y el conocimiento de sí mismo. Lo que equivale a decir: habitar continuamente en nuestra celda interior sin jamás salir de ella. Y si alguno sale de su celda, se empeñe por volver con dolor y verdadera contrición. Pienso que el que no sabe permanecer y vivir en su celda, no salga para buscar otros bienes, si antes no los busca en sí mismo.

Hijos míos, ¿para qué sirven las revelaciones, las visiones, los sentimientos, las dulzuras, la sabiduría, los éxtasis, las contemplaciones, si uno no posee el exacto conocimiento de Dios y de sí mismo? Os digo en verdad que todo esto es nada.

Por eso me asombra que me pidáis cartas porque no llego a comprender en qué mis escritos o palabras deban o puedan consolaros. Creo que no podéis recibir ningún consuelo de ellos, sino de ese conocimiento.

De ello me agrada hablar y no de otras cosas. Me impuse guardar silencio en todo menos en esto. Encarecidamente os ruego pidáis a Dios que nos conceda este conocimiento a mí y a toda mi familia; y que nos conserve siempre en él.

Añado algo más. La visión del Increado, el amor que nace de la visión del Increado, custodia tal contemplación. El amor y la misma caridad a veces no guardan bien los secretos de esta visión, dado que el amor tiende a expandirse, por eso nos es dado otro custodio, que es el santo celo, que nace de la verdadera visión y que protege mejor que el amor. Por la esmerada vigilancia con que nos protege, el santo celo hace inciertas las cosas ciertas y muda el blanco en negro.

Finalmente surge la misma visión, pone aparte el amor el celo, y se cuida sola ²⁷.

Por eso, hijos, disculpadme. Esta es la atadura que me impuso y me impone silencio. Y si bien me disculpe, yo a veces acuso la recta visión, porque ella sabe lo que dice y me ha de decir sólo lo que es útil a vosotros y a los demás.

Todos nuestros saludos hallen su cumplimiento en la resurrección del Señor y en la renovación que El realiza en las almas de los más perfectos, sus predilectos. ¡Amén!

La cruz, libro de la vida

Oh hijo amadísimo, si anhelas la luz de la gracia de Dios, si quieres alejar tu corazón de todos los afanes, si quieres domar las nocivas tentaciones, y si deseas ser perfecto en el camino de Dios, no tardes en correr a la cruz de Cristo.

En verdad no hay otro camino reservado a los hijos de Dios, a través del cual puedan hallar a Dios, y una vez hallado, conservarlo, a no ser el camino y la vida del Dios-Hombre crucificado. Lo repito a menudo, y lo afirmo una vez más: El es el libro de la vida, a cuya lectura nadie puede acercarse sino a través de la continua oración. La oración constante ilumina al alma, la eleva y la transforma.

Iluminada por la luz captada en la oración, el alma ve claramente el camino preparado para Cristo y hollado por los pies del Crucificado. Cuando el alma lo recorre con el corazón dilatado, no sólo se aleja de las abrumadoras preocupaciones del mundo, sino que se eleva también por encima de sí misma hasta saborear las dulzuras de Dios. Y así elevada, se inflama

²⁷ Vamos a intentar una aproximación a estas frases brillantes y sintéticas, pero algo oscuras, de Angela. La visión de Dios llena el alma de secretos deliciosos, para cuidar los cuales está el amor. Como éste tiende a expandirse, necesita la ayuda del santo celo el cual, provocando en el alma noches oscuras, inquietudes espirituales, y hasta dudas, como le pasó a Angela, hace que no se enorgullezca. Pero al final las nubes se disipan y en el cielo del alma sólo brilla el sol de la contemplación.

con el fuego de Dios; y luego así iluminada, elevada e inflamada, se transforma en el Dios-Hombre. Todo esto se halla en la meditación de la Cruz.

Por eso, oh amadísimo, corre en pos de la cruz para alcanzar pleno conocimiento de ti mismo y pide a Aquél que por ti en ella muere, que te ilumime. Y una vez abismado en el conocimiento de tu miseria, podrás elevarte hasta un conocimiento más pleno de la dulzura y de la bondad de Dios, que te parecían incomprensibles, cuando, tan cargado de miseria, El te tomó por hijo y prometió ser tu Padre.

No te muestres, pues, desagradecido hacia El, sino esfuérzate por cumplir en todo la voluntad de un Padre tan grande y amable. Si los hijos legítimos de Dios no cumplen la voluntad del Padre, ¿la cumplirán quizás los hijos bastardos? Llamo hijos bastardos a los que andan descarrados en las concupiscencias de la carne, fuera de la disciplina de la cruz. En cambio, son hijos legítimos los que en todo procuran ser conformes a su Maestro y Padre, por ellos crucificado: en la pobreza, en el dolor y en el desprecio.

Estas tres virtudes, queridísimo hijo, has de tenerlas por fundamento y cumbre de toda perfección, ya que con ellas el alma se ilumina, se purifica y se perfecciona, preparándose de manera aptísima para su transformación en Dios.

“No te he amado en broma”

El miércoles de la Semana Santa meditaba sobre la muerte del Hijo de Dios encarnado y me esforzaba por alejar de mi mente cualquier otra inquietud, para tener el alma toda recogida en la pasión y muerte del Hijo de Dios. Y estaba, repito, toda ocupada en la búsqueda y en el ansia de cómo mejor liberar mi espíritu de cualquier otro pensamiento, para entregarme más plenamente a la meditación de la pasión y muerte del Hijo de Dios. Mientras me hallaba en esta actitud, súbitamente la Palabra de Dios resonó en mi alma, diciendo: “¡Yo no te he amado en broma!

Estas palabras me golpearon con dolor mortal. En seguida se me abrieron los ojos del alma y comprendí toda la verdad de esa afirmación. Y vi las obras de ese amor y todo lo que hizo el Hijo de Dios por ese amor. Contemplaba todas las pruebas que el Dios-Hombre crucificado soportó en vida y en muerte por su indescriptible y desmedido amor. Y como veía en El todos los signos del más auténtico amor, comprendía la absoluta verdad de esas palabras, ya que Jesús no nos amó en broma, sino con un amor perfecto y total.

En cambio, veía en mí todo lo contrario, porque yo no lo amaba más que en broma y mentirosamente. Esta comprobación me produjo una pena mortal, y la tortura eran tan intolerable que creía morir. Entonces me fueron dirigidas otras palabras que acrecentaron mi dolor. Después de decirme: "Yo no te he amado en broma" —y yo comprendí que todo era verdad en El y en mí todo lo contrario y sufrí tanto dolor que creía morir—, El añadió: "¡No ha sido fingido mi servicio!". Y después insistió: "¡No te he sentido en distancia!".

Entonces mi pena y mi dolor llegaron hasta el espasmo, y mi alma lanzó un grito: "Oh Maestro, lo que dices que no se halla en ti, se halla todo en mí. Yo no supe amarte más que en broma y con ficción; y en verdad jamás quise acercarme a ti, para compartir los dolores que tú experimentaste y soportaste por mí. Y no te serví sino con simulación y con mentira".

Veía que me había amado según verdad; veía en El todos los signos y las obras del verdadero amor; veía cómo se había inmolado todo y totalmente para servirme; veía que se había acercado tanto a mí hasta hacerse hombre, para cargar en verdad sobre sus hombros, mis dolores y padecer. Y al ver en mí todo lo contrario, sufrí una pena tan atroz que creía morir; y sentía que por ese dolor supremo las costillas del pecho se me partían y me parecía que el corazón estuviera por estallar.

Mientras volvía a pensar en esas palabras; "¡No te he sentido en distancia!", El añadió: "Soy más íntimo a tu alma, que tu alma a ti misma". Esto acrecentó mi dolor porque me había alejado de El.

Después añadió otras palabras que me manifestaron su inmenso amor. Y dijo: "Si alguien quisiera sentirme en su

alma, yo no me sustraería de él; y si alguien quisiera verme, con júbilo le concedería que me viera; y si alguien quisiera hablar conmigo, con gran alegría le hablaría”.

Estas palabras suscitaron en mí el deseo de no querer sentir ni ver ni hablar de cosa alguna en la cual pudiera haber ofensa de Dios.

Y es esto lo que Dios pide de manera especial a sus hijos. Ya que han sido llamados y elegidos por El para verlo, sentirlo y hablarle, exige que se alejen de todo lo que se opone a ese fin.

Al comienzo, cuando me mostró las cualidades de sus hijos, Dios dijo: “Todos los que amen y guarden la pobreza, el dolor y el desprecio, éstos son mis hijos legítimos. Y éstos también son tus hijos, y no otros. Y todos los que tengan su espíritu orientado hacia mi pasión y muerte, donde está en verdad la salvación y no en otras partes, éstos son mis hijos legítimos. Y éstos son también tus hijos y no otros”.

Jesús visita a Angela enferma¹

Un día, mientras estaba enferma, escuché estas palabras que me dirigió el Dios-Hombre crucificado: “¡Ven a mí, oh hermoseada por los más deliciosos colores”; y añadió: “Quiero que tú seas para mí una pequeña ‘mártir’”.

Y cuando pedí la santa unción, los frailes dijeron que había alguna murmuración entre ellos, porque algún tiempo antes mi compañera había recibido la unción y los frailes se quejaban de que demasiado a menudo las dos acudíamos a este sacramento. Entonces yo quedé muy amargada por esos comentarios. Mientras yacía enferma y afligida, me fueron dirigidas estas palabras: “Yo te ungiré con todos mis sacerdotes, y recibirás la unción”.

Durante la misma enfermedad, mientras yacía muy débil y físicamente dolorida, un día se me apareció el Dios-Hombre Jesús en la actitud del que viene a consolar y a alegrar. Ante todo, me dio ese consuelo con que ordinariamente se complace a los enfermos, es decir, mucha comprensión y compasión. Después me dijo: “He venido para servirte y quiero hacerlo”.

El servicio que me prestó era éste: se sentó junto a la cama y se mostró tan amable que de ninguna manera podría describirlo. Menos todavía puedo describir las delicias y los gozos inefables que experimentaba al verlo tan amable y al escuchar-

¹ La tercera parte recoge algunos rasgos biográficos de Angela, el relato de algunas visiones, su testamento espiritual y su santa muerte. Termina sus días, confiando, como lo hizo Jesús antes de su muerte, a sus hijos espirituales a la bondad del Padre.

lo. Lo veía con los ojos de la mente mucho más claramente que todo lo que se pueda ver de material con los ojos del cuerpo. De esta luminosísima y deliciosísima visión brotaba para mi alma una tal felicidad y un tal júbilo de espíritu que es del todo indescriptible.

Después me mostró al bienaventurado Francisco y me dijo: “¡He aquí a aquél al que después de mí tanto amaste! Quiero que te sirva”. Entonces en ese momento se me apareció San Francisco tan complaciente y me mostró tanta amabilidad, intimidad y confianza, que sobrepasó toda medida. Yo me sentía colmada de felicidad por la confianza y la amabilidad que el santo me manifestaba. Y me dirigió palabras sublimes y secretas y luego concluyó: “¡Tú eres mi única hija!”.

La libertad del alma ²

En una ocasión, hablándome la sierva de Cristo de la libertad que Dios concede al alma, me dijo:

Cuando Dios concede al alma la libertad, ella lo comprende en plena verdad y sin ninguna falsedad. Y no sólo lo comprende, sino que lo ve y lo siente, y a veces aprende de la voz divina que le es otorgada la libertad de poder hacer lo que quiere. Dios dice al alma: “Yo no quiero más que lo que tú quieras”. Entonces la voluntad de Dios y la voluntad del alma se sueldan en una sola cosa. Y se le dice y se le concede que diga y haga todo lo que quiere decir y hacer y no queda cosa alguna que Dios no le confíe totalmente. Esta es la libertad de obrar exteriormente.

² “*Donde está el Espíritu, ahí está la libertad*”, según la bella expresión de san Pablo (2 Cor. 3, 17); pero libertad de opciones constructivas, y no comezón de caprichos y antojos, y menos de desórdenes y pecados. Por eso el Amor, que evita todo lo que desagrada al Amado y busca todo lo que le agrada, es la máxima libertad. Pero justamente porque ama, el amante se vuelve exigente consigo mismo. Cuanto más un alma ama a Dios, tanto más se exige, se sacrifica, se mortifica, para asemejarse al Dios-Hombre crucificado.

Pero acerca de la libertad concedida al alma en esas elevaciones que Dios obra en ella, no se puede hacer ninguna descripción. El que la eleva, la aferra y la mantiene asida y la llena de una absoluta seguridad para que pueda decir y hacer todo lo que quiere con el cuerpo y con el alma. En esta operación y en modo milagroso Dios otorga al cuerpo y al alma un ordenamiento de sabiduría. Este ordenamiento de sabiduría regula el cuerpo para que no pueda desviarse hacia alguna cosa desordenada. No es que el cuerpo esté retenido por algún temor o amor, sino que, dado que el alma no forma más que una sola voluntad con Dios, él también no quiere sino lo que quiere Dios.

Por eso, cuando Dios da un común ordenamiento a los enfermos y pecadores, ofrece también la libertad; y cuanta mayor libertad concede al alma que se ha elevado hasta él, tanto más la ata y la retiene con un ordenamiento más estrecho, más sabio y más grande.

Angela confiesa sus culpas

Hay una humildad en la cual me hallo abismada, y el abismo comenzó a atraerme el segundo domingo de cuaresma, pero no me retuvo durablemente.

El lunes siguiente, a la hora de Completas, esta humildad me hizo ver en modo tan completo y sobreabundante mis malicias, mis iniquidades y mis pecados que no sabía de qué modo manifestarlos y revelarlos a alguna criatura de este mundo.

No experimentaba vergüenza de confesar delante de todos las culpas que yo cometí, sino que gozaba imaginándose algunas maneras para hacer conocer a los otros mis falsedades, iniquidades y pecados. Hubiera querido marchar desnuda por las plazas y las ciudades, llevando colgados de mi cuello pescados y carnes y gritando: "Mirad a esta vilísima mujer, llena de malicia y de simulación, y cloaca de todo vicio y de toda maldad. Observaba las cuaresmas en mi celda, para gozar del aprecio de los hombres, y hacía decir a todos los que nos invitaban: "No como carne ni pescado", mientras era golosa y

glotona y comilona y ebria. Hacía entender que no quería recibir más que lo necesario, mientras hacía poner en reserva para el otro día.

“También hacía ostentación de pobreza exterior y de dormir mal, mientras sobre mi camastro hacía tender un montón de paños que a la mañana hacía quitar para que la gente no lo advirtiera. ¡Mirad, pues, la diabolicalidad de mi alma y la malicia de mi corazón!

“Escuchad qué soberbia e hija de la soberbia soy, y cómo vivo en el engaño y soy hipócrita; peor aún, ¡soy la abominación de Dios! Daba muestras de ser hija de la oración, mientras era hija de la ira, del orgullo y del diablo. Fingía tener a Dios en el alma y gozar de consuelos divinos en la celda, mientras tenía al diablo en el alma y en la celda. Debéis saber que durante toda mi vida sólo busqué ser adorada y venerada y gozar fama de santidad. En fin, habéis de saber con toda verdad que por mis maldades y falsedades que se anidan en mi alma, engañé a mucha gente y soy homicida de muchas almas y de la mía”.

Colgando sobre el abismo, me dirigía a los que son llamados hijos míos y les decía: “No me debéis creer más. ¡No os dais cuenta de que estoy endemoniada! Vosotros que os llamáis hijos míos, implorad de la justicia de Dios, que salgan los demonios de mi alma y pongan de manifiesto todas mis perversidades, para que Dios ya no sea ofendido por causa mía.

“¡No os dais cuenta de que todo lo que os dije es falso? ¡Y no os dais cuenta de que si en todo el mundo no hubiera más maldad, bastaría mi maldad para abastecer con ella toda la tierra? ¡No me debéis creer más! No debéis adorar más a este ídolo, porque en este ídolo habita el demonio. Todas las palabras que os he dicho, están cuajadas de simulación y de diabolicalidad. Suplicad a la justicia de Dios que este ídolo caiga y se despedace, para que sean manifiestas mis obras mentirosas y engañosas, y desenmascaradas las enseñanzas que os dirigía. Yo me disfrazaba de palabras divinas, para ser venerada y adorada como un dios.

Implorad que los diablos salgan de este ídolo, para que la gente no se deje engañar más por esta hembra. Por eso suplico

al Hijo de Dios, al que no me atrevo ni a nombrar, que si no quiere descubrir El mismo mis infamias, las haga descubrir por la tierra de modo que ésta se agriete y me trague, y digan los varones y las mujeres: “¡Oh! ¡Mira cómo estaba disfrazada exteriormente, mientras en lo íntimo era todo engaño!”.

“Y quisiera que se me arrojara al cuello un lazo, y que se me arrastrara por las plazas y las ciudades, y que los muchachos me condujeran cantando: “¡Mirad a la mujer que durante toda su vida ostentó lo falso en lugar de lo verdadero!”.

Quisiera que los varones y las mujeres dijeran: “¡Oh! ¡Qué gran milagro hizo el Señor! ¡La obligó a confesar y a cantar por su boca sus iniquidades y maldades y engaños y los pecados que ocultamente había cometido durante toda su vida!”.

Todo esto era muy poco y no satisfacía mi alma. Habéis de saber que caí en una desesperación como jamás tuve igual, porque desesperé totalmente de Dios y de sus dones y me puse en contraste con El. Por eso estoy segura de que en el mundo no existe una criatura tan llena de maldad y tan merecedora de la condenación como yo, porque todo lo que Dios me ha dado y regalado, me lo ha dado para mi mayor condenación y desesperación³.

Os pido, pues, a todos vosotros que supliquéis a la justicia de Dios que no tarde más en sacar de este ídolo al diablo, para que se hagan patentes las infames maldades que tengo escondidas. La cabeza se me parte, el cuerpo desfallece por las muchas lágrimas y todos los miembros se desarticulan, porque no soy capaz de manifestar todas las maldades y las mentiras de mi alma. Mi alegría es que en algo ya comienzan a ser conocidas.

Todas estas cosas las veía en la verdad, sin ninguna humildad. Y tú que has escrito estas cosas, has de saber que no hiciste más que balbucir en comparación de todas mis maldades, de

³ La expresión de Angela es fuerte. A semejanza de otras expresiones bíblicas, el sentido es el siguiente: el alma que abusa de los dones de Dios, se hace tanto más culpable y merecedora de castigos, cuanto más ha sido favorecida.

mis iniquidades y de mis abusos, porque ¡ya desde pequeña comenzaba a cometer el mal! ⁴

Coloquio con el Niño Jesús

En el día de la Purificación de la Virgen María, cuando por la mañana se distribuían las velas en la iglesia de los frailes menores de Foligno, me fue dirigida esta palabra: "Esta es la hora en que la Virgen llegó al templo con su Hijo".

Cuando mi alma entendió esto, lo escuchó con tanto amor que de ningún modo se puede hablar o comprender algo. Entonces el alma fue arrebatada y vio a la Virgen entrar en el templo y salió a su encuentro con gran reverencia y afecto. Y la Virgen dio al alma gran certeza de sí y tendiendo hacia mí a su Hijo, dijo: "Recíbelo, oh enamorada de mi Hijo". Y mientras hablaba extendió sus brazos y puso entre los míos al Hijo suyo que tenía los ojos cerrados, como si durmiera: estaba envuelto en pañales y en fajas.

Lá Virgen, como cansada por el camino, se sentó. Y tenía tan hermosas maneras, y su semblante y sus gestos resplandecían de tanta gracia que el verla y el mirarla constituían un mar de dulzura y de felicidad. A menudo dirigía mis miradas para contemplar al Niño, al que estrechaba entre mis brazos, y más a menudo me dirigía hacia esa Señora tan bella y la contemplaba. Y de improviso, el Niño quedó completamente desnudo entre mis brazos, abrió sus ojos, los alzó y me miró. Entonces al mirar esos ojos, tuve y experimenté tanto amor que naufragué. Acerqué mi rostro a su rostro hasta posar mi mejilla sobre su mejilla. Y fui penetrada como por un fuego al ver que se abrían y se alzaban los ojos de Aquél que había quedado desnudo entre mis brazos. Y la bondad que emanaba del Niño y de sus ojos era tan indecible, que soy absolutamente incapaz de describir lo que experimenté.

De improviso se me apareció una inmensa Majestad que

⁴ Le haríamos un magro servicio a Angela, si minimizáramos el valor de su confesión, tachándola de exagerada. Es un rasgo común a todos los

dijo: "El que no me vea pequeño, no me verá grande. Yo he venido y me he entregado a ti. Ofrece tú también". Pero no me dijo qué debería ofrecer ni cómo ni a quién.

En seguida, el alma de un modo maravilloso e inexplicable se ofreció toda a El; luego ofreció a algunos de sus hijos de manera especial y nombrándolos; y se ofreció y los ofreció de manera perfecta y total, sin reserva alguna ni de sí ni de los otros. Después ofreció a todos los hijos juntos. Y el alma vio y entendió que Dios aceptaba ese ofrecimiento y lo acogía con gran alegría. Pero nada sé decir de la totalmente inefable felicidad y dulzura que disfruté, al ver que Dios aceptaba y acogía con tanta complacencia mi ofrecimiento.

El viernes siguiente a esa fiesta, por la mañana oraba así a Dios: "Sé que tú eres mi Padre, que tú eres mi Dios, que tú eres mi Señor. Enséñame lo que quieras que haga. Instrúyeme en las cosas que te agradan. Estoy dispuesta a obedecer" —Y mi ferviente oración se prolongó hasta las nueve—. Me fue contestado así: "Yo sé bien lo que me agrada". Entendí bien esas palabras, pero lo que vi y comprendí y lo que El me mostró, no lo sé ni lo puedo decir. Más bien, preferiría decir lo que comprendí en lugar de las palabras que oí. Y lo que oí era un abismo absolutamente inexpresable.

Dios me hizo ver lo que tú eres, y quiénes son los que viven en El y quiénes viven lejos. Y dijo: "En verdad te digo, no hay otro camino recto más que aquel que sigue mis huellas, porque en mi camino no hay engaño". Esa expresión: "En verdad", me la repitió en muchos coloquios. ¡Sean dadas gracias a Dios!

hombres manifestar sus culpas, para descargarse de su peso abrumador. Pero los santos lo hacen a la luz incandescente de la santidad de Dios, que descubre todo recoveco y destaca el polvo más nimio y la mota más escondida. Ante esa luz enceguecedora, los santos se reconocen los más grandes pecadores y abrazan gustosamente todos los sufrimientos, los cuales a la vez que los purifican, les hacen merecer nuevas luces y nuevas gracias.

Coloquio con los Angeles

En la fiesta de los Angeles del mes de setiembre, me hallaba en la iglesia de los frailes menores de Foligno y deseaba comulgar. Antes de hacerlo, dirigí mi plegaria a los Angeles y en especial a San Miguel, diciendo: "Oh ministros de Dios, que tenéis el oficio y la autoridad de servirlo y de manifestarlo a los demás, mostradme al Dios-Hombre y manifestádmelo como el Padre lo dio a los hombres. Mostrádmelo ante todo viviente, pobre, dolorido y despreciado; luego en el momento en que está por ser matado, llagado y crucificado; y en fin hacédmelo ver muerto en la cruz".

Y los Santos Angeles me contestaron con indecible complacencia: "Oh alma, ¡tú alegras y agradas con todo tu ser a Dios! Mira: te ha sido concedido. Y hasta lo tienes a El delante de tus ojos. Y te ha sido dado de más, para que tú puedas manifestárselo y dárselo a los otros".

Y de veras lo tenía presente, como lo había pedido a los Santos Angeles, y lo veía con los ojos de la mente con toda claridad, vivo, cargado de dolores y ensangrentado y crucificado, y luego lo veía muerto en la cruz. Entonces tuve y sufrí un dolor desgarrador, tanto que el corazón parecía estallar ante una visión tan dolorosa. Pero contemporáneamente experimentaba un deleite y una alegría tan grandes por la presencia de los Angeles y por las palabras tan dulces que ellos me dirigían que jamás había probado deleite semejante a ese diálogo angelical.

Jamás habría creído que los Angeles fuesen tan amables y pudiesen dar a mi alma tanta felicidad como me la dieron. Y ya que había suplicado a todos los ángeles, y sobre todo a los serafines, entonces los Santos Angeles me dijeron: "He ahí que te ha sido concedido y comunicado lo que tienen los serafines".

"Dios te quiere todo"

La sierva de Cristo una vez me dijo que las tribulaciones de esta vida son una preparación para la felicidad eterna. Por

eso no hay que aflijirse tanto por las tribulaciones temporales, que van a tener un término.

Queridísimo, yo miserable, te pido una cosa que tengo gran vergüenza de decir, ya que tú durmiendo sabes más cosas que yo despierta. Tú me hablas de tribulaciones. Pues bien, yo, si fuera buena cristiana, consideraría toda tribulación como una bendición.

Te pido también que no te afanes por las cosas exteriores que tanto te solicitan y a las que el mundo por su parte constantemente te invita. Sabes mejor que yo que una cosa hacen los que son hijos de Dios sólo por la creación y otra los que son hijos de Dios por la gracia. No hay duda: el que mucho ama, mucho quiere ser amado; y el que todo da, todo pide.

Por eso te suplico, hijo amadísimo, que todo lo que hagas, lo hagas según su voluntad. Y ya que creo que tú eres un hijo querido de Dios y que Dios te quiere todo, no una parte, sino todo, te ruego encarecidamente que ni la perdida ni el logro de honores o de ventajas terrenales te distraigan, sino que obres siempre según la voluntad del Sumo Bien.

Soporta, querido, que se te haga el mal en lugar de que tú lo hagas a los otros. Esto nos lo enseña el Maestro que todo lo soportó y no quiso hacer el mal a nadie. Llena tu alma delicada con el Dios increado, y obra teniendo delante de los ojos la noble vocación a la que Dios te ha llamado. Si Dios increado clavó sobre ti sus ojos, te pido que claves los tuyos en El. ¡Crecé, crece, crece!

Todos mis augurios hallen su cumplimiento en Aquél que es toda salvación. Ayúdame a realizar el insaciable deseo que tengo por tu bien. Suplico al Sumo Bien que sacie el hambre que tengo de tu perfección. ¡La luz, el amor y la paz del Altísimo estén contigo!

No soy digna de dar bendiciones, ni lo merezco. Pero si Dios en su bondad quisiera concederme alguna bendición, me privaría de ella y te la daría como Dios la quiere.

Ultima carta de Angela

Esta es la última carta dictada por nuestra santísima ma-

dre Angela de Foligno antes de su enfermedad mortal. Ella misma declaró que sería su última carta. Mucho tiempo antes le había sido revelada su muerte feliz. Por eso dictó sus pensamientos con el más entrañable amor, y casi obligó a su tibio secretario a escribir. Así habló:

Oh Dios mío, hazme digna de conocer el altísimo misterio que brota de tu abrasado e inefable amor comunicado a nosotros por la misma Trinidad: el misterio de tu Santa Encarnación, que realizaste por nosotros y que fue el principio de nuestra salvación.

La Encarnación obra en nosotros dos cosas: la primera es que nos llena de amor; la segunda, que nos hace seguros de nuestra salvación.

¡Oh incomprensible caridad! ¡Oh amor por encima del cual no hay amor mayor! ¡Mi Dios se hizo carne para hacerme Dios!

¡Oh amor excesivo! Al revestirte de nuestra carne, ¡tú te has deshecho para hacerme a mí! Pero te has deshecho sin perder nada de tu realidad ni de tu divinidad. ¡El abismo de tu humana concepción me arranca palabras de fuego!

¡Oh incomprensible, hecho comprensible! ¡Oh Increado, hecho criatura! ¡Oh impensable, hecho pensable! ¡Oh impalpable, hecho palpable!

Oh Señor, hazme digna de contemplar la profundidad de ese sublime amor que nos has comunicado en tu Santa Encarnación. ¡Oh feliz culpa⁵, que nos has merecido ver el abismo del amor de Dios, antes impenetrable a nuestros ojos! De veras yo no puedo imaginar una contemplación más grande que ésta. ¡Oh Altísimo, hazme capaz de comprender tu sublime e inefable amor!

Oh Señor, Tú nos has entregado los cinco misterios de tu vida. ¡Haz que seamos capaces de comprenderlos!

⁵ Es el mismo grito de san Agustín, que se canta en la Vigilia Pascual: “*¡Oh feliz culpa, que nos has merecido un Redentor tan grande y bueno!*”. Este grito no es aprobación de la culpa en sí misma, sino grito de júbilo y de gratitud por el amor misericordioso de Dios que se manifestó en la obra de Cristo.

El primero es el misterio de la Encarnación, el segundo es el del Nacimiento del Hijo de Dios, el tercero es la Muerte del Hijo padecida por nosotros, el cuarto es la Resurrección, el quinto es la Ascensión al cielo.

En el Nacimiento del Hijo de Dios debemos considerar tres cosas. La primera es el amor. ¡Oh amor sumo y transformado! ¡Oh visión divina! ¡Oh misterio inefable! Cuando tu, Jesús, me haces comprender que has nacido por mí, ¡oh cómo enardezco de orgullo al saberlo! ¡Oh qué de veras yo pueda ver y comprender que tú has nacido lleno de todo deleite! La misma certeza que nos deriva de la Encarnación emana también del Nacimiento, ya que por el mismo fin para el que se ha encarnado, ha nacido. ¡Oh Dios admirable, qué maravillosas son las obras que has hecho por nosotros!

La segunda cosa es que nos da la certeza: es bien cierto que por el mismo fin por el que se ha encarnado ha nacido.

La tercera es que en el Nacimiento de Jesús tenemos un claro testimonio de la pobreza, del dolor y del desprecio en los que El nació, vivió y murió.

El tercer misterio es el de su muerte. El nació para morir por nosotros. En la muerte de Jesús debemos considerar cinco cosas. La primera es la declaración de la certeza de nuestra salvación; la segunda es la fortaleza y la victoria contra nuestros enemigos; la tercera es la sobreabundante plenitud del amor de Dios que se manifestó en la misma muerte; la cuarta es la profunda, total, y altísima verdad de que nos llena: es decir, el conocimiento, la visión y la comprensión de cómo el Padre nos mostró, nos enseñó, nos ilustró y nos atestiguó a su Hijo en la Encarnación, en el Nacimiento y en la Muerte. La quinta cosa es considerar cómo el Hijo de Dios nos manifestó al Padre a través de la obediencia que El guardó durante toda su vida hasta la muerte y con la cual respondió a su Padre por todo el género humano.

Oh Dios increado, hazme digna de tu profundo amor y de tu ardiente caridad, hazme digna de comprender la inefable caridad que nos comunicaste, al mostrarnos al Hijo tuyo en la Encarnación y al hacer que tu Hijo te manifestara a ti, oh Pa-

dre, a todos nosotros. ¡Oh amor admirable y gozoso, porque verdaderamente hay en ti todo sabor, toda suavidad y toda dulzura! Tal es la contemplación que eleva del mundo al alma y la pone por encima de sí y le da paz y serenidad.

El cuarto es el misterio de la Resurrección, en la que debemos considerar dos cosas. La primera es que la Resurrección de Cristo nos da la verdadera esperanza de nuestra resurrección; la segunda es que nos hace conocer la resurrección espiritual que se cumple en el alma, cuando, por la gracia, Dios hace de un muerto un viviente y de un enfermo un sano. ¡Oh misterio altísimo, maravilloso y desconocido! ¡Oh misterio inefable y sagrado: tú colmaste todas nuestras aspiraciones! ¡Hazme digna, oh Señor, de penetrar tan alto misterio!

El quinto es el misterio de la Ascensión. ¡Oh Señor, hazme digna de conocer el sublime misterio de tu Ascensión! ¡Hazme digna de conocer y ser capaz de comprender este misterio en el cual halla cumplimiento y perfección toda nuestra salvación! ¡Oh Jesús, tú nos has introducido en la posesión de tu Padre!

Estos cinco misterios constituyen la escuela de los que se consideran auténticos discípulos; y la escuela verdadera donde se enseñan estos cinco misterios es la escuela de la oración continua.

Hazme digna, oh Señor, de conocer y comprender tu amor hacia nosotros por el cual me has creado. Hazme capaz, oh Dios incomprendible, de conocer y comprender tu inmenso y ardentísima caridad y esa abismal predilección por la cual elegiste desde la eternidad al género humano para que gozara de tu visión, y tú, oh Altísimo, te dignaste querer ver la nuestra. Haz, oh Señor, que seamos dignos de conocer nuestros pecados, para que por medio de ese conocimiento podamos conocer al Amado que se ha hecho Hombre, al que tú has enviado para borrar nuestras culpas.

Después habló de los siete dones o especialísimos beneficios que nos han sido concedidos por la bondad de Dios:

Oh Señor, hazme capaz, hazme digna de comprender los .

siete dones que nos has brindado entre los muchos otros beneficios recibidos.

El primer don es el de habernos creado; el segundo es el de habernos admirablemente elegido y llamado a tu presencia; el tercero —¡don inestimable!— es el de haber enviado a la muerte a tu Hijo para darnos la vida. Este es el don de los dones.

El cuarto es el don altísimo de tu bondad con que te has dignado crearme con sentidos y con razón y no una bestia irracional. ¡Oh estupenda razón que has puesto en mí! Ella obra de tres maneras: a) me hace conocer que tú eres admirable; b) me hace conocer mis pecados; c) con ella por el libre albedrío me defiendo del mal. ¡Oh Dios incomprensible, no hay nada más grande que este don que tú nos has dado! ¡Oh Ser existente sin forma ni modelo, al crearnos racionales, nos formaste según tu imagen! ¡Oh admiración: tú nos vestiste de ti mismo y de tu razón!

El quinto es el don de la inteligencia. Hazme digna, Señor, de comprender este don. ¡Nos has dado la inteligencia para poderte conocer, oh Dios mío!

El sexto es el don de la sabiduría. Oh Señor, hazme digna de conocer y comprender el ardentísimo amor con el cual nos has regalado el don de tu sabiduría. ¡Oh, en verdad, éste es el don de los dones: gustar de ti en la verdad!

El séptimo don es el amor. Oh Ser Sumo, hazme digna de comprender este don que supera cualquier otro. Todos los Angeles y los santos no experimentan otra felicidad que la de contemplarte, de amarte y verte amado. ¡Oh don que está por encima de todo don, porque tú eres el mismo Amor! ¡Oh Sumo Bondad, tú te dignaste darte a conocer como Amor y nos haces amar ese Amor! Todos los que lleguen a tu presencia, quedarán satisfechos según el amor que poseyeron. Ninguna otra cosa conduce a las almas contemplativas a la contemplación, sino el verdadero amor.

¡Oh Ser admirable, tú obras maravillas en tus hijos! ¡Oh Bondad suprema! ¡Oh ardentísima e incomprensible caridad! ¡Oh potencia de Dios, tú te has dignado sosteneros en medio

de tu substancia! ¡Todo lo que obras en tus hijos es maravilloso sobre toda maravilla! Ciertamente, no hay inteligencia humana que no desfallezca ante esa divina substancia: sólo con la inteligencia divina podemos sentir la divina substancia⁶.

Esta es la prenda reservada a los verdaderos solitarios. En ella están arrobados todos los coros de los Angeles. Y a tal ocupación se entregan todos los verdaderos contemplativos, los que luego serán verdaderamente solitarios y separados de lo terrenal. ¡Su ciudadanía está en los cielos!

La dichosa muerte de Angela

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, Crucificado, cuyo nombre sea eternamente bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

Estas son las últimas palabras pronunciadas por la verdadera esposa de Cristo, Angela de Foligno, cuando llegó la hora de su dichosa muerte.

Al principio de su enfermedad, en la fiesta de los Angeles del mes de setiembre, dijo:

Tenía un gran anhelo de comulgar en esta fiesta, pero no había sacerdote que me trajera el santo Cuerpo de Cristo; por eso comencé a afligirme profundamente.

Hallándome en este dolor y deseo, comencé a meditar, a propósito de la fiesta, sobre el oficio particular que tienen los Angeles de cantar las alabanzas de Dios. Súbitamente mi alma fue arrebatada, y apareció una gran multitud de Angeles que la condujeron a un altar y le dijeron: “Este es el altar de los ángeles”.

Sobre el altar mostraron a mi alma a Aquél que es la alabanza de los ángeles y que es todo alabanza. Y dijeron al alma: “En Aquél que está sobre el altar está la perfección y el

⁶ En la vida sobrenatural, el alma participa del conocimiento y del amor que Dios tiene por sí mismo. Para que el alma lo logre, Dios la eleva y le da nuevas potencias. “Seremos semejantes a El” (1 Jn. 3, 2).